

María Teresa León

MEMORIA DE LA MELANCOLÍA

Memoria de la melancolía, edición, introducción y notas de Gregorio Torres Nebrera. Madrid, Castalia, Clásicos Castalia-245, 1998, pp. 105-107, 178-181 y 337-339, respectivamente.

Me ven distraída. Deben creer los muchachos catalanes que no me importan sus problemas. Dicen: para nosotros el catalán es un arma. Hablamos catalán valientemente y valenciano y mallorquín e ibicenco. Hablamos a gritos para que nos oigan y sepan que no estamos contentos con lo que sucede en España. Queremos destruir el mito que nos envuelve en su lechoso algodón desde Madrid.

Cambiarlo todo, porque no queremos vivir más sin opinión, sin futuro, maniatados, sin palabras, sin derecho a la palabra.

No tienen que esforzarse, lo comprendemos todo. Y comenzamos a repetirles la historia, que ya sus padres les habrán contado, pues para nosotros está invariablemente presente aquel estar Madrid por Cataluña y Cataluña por Madrid. Cataluña mandaba voluntarios a la capital de España amenazada. Eran voluntarios mediterráneos que caían sobre las jaras amargas o los cantuesos del Guadarrama madrileño. Nosotros estuvimos en Barcelona.

¡Catalanes! Cataluña,
vuestra hermosa madre tierra,
tan de vuestros corazones
como tan hermana nuestra...¹

En plena noche de Barcelona subía la voz de Madrid en la de Rafael como esos globos rojos que los niños sueltan de su mano y son mirados por los adultos, súbitamente enternecidos. Enternecidos escuchaban la voz de Madrid, corazón de España, que les tendía la mano llena de sangre popular, suplicando a Cataluña en aquel mitin histórico que comprendiese lo que era la destrucción, el terror, el espanto de la noche española. El horror alcanzaría a todos y se iba acercando a cañonazos. Era la venganza contra el pueblo de los que se sintieron amenazados en sus carteras bien repletas, los que no quisieron dejar ni un terrón del dulce rostro de España a los des-heredados. Repetía el aire los llamamientos urgentes. El aire se iba haciendo cada vez más fino, más fraternal.

¹ María Teresa León cita los cuatro primeros octosílabos de la segunda parte del romance escrito por Rafael Alberti y titulado «Defensa de Madrid, defensa de Cataluña», tercer poema de la sección cuarta (Capital de la Gloria, 1936-1938) del libro *De un momento a otro* (Poesía e historia), 1934-1938, en Poesía 1920-1938, tomo I de las Obras Completas de Rafael Alberti, edición, introducción, bibliografía y notas de Luis García Montero. Madrid, Aguilar, 1988, p. 675.

El presidente de la Generalitat de Cataluña estaba serio, fijos los ojos. Conmovidos: Georges Vildrac, Ehrenburg, Tristan Tzara. Algo muy importante para el mundo estaba sucediendo. Comenzaba un llamamiento antifascista que iba a recorrer por toda Europa, gritando a cada pueblo, a cada casa: Defenderse, defenderse primero. «Catalanes, Cataluña...». Cataluña se frotó los ojos azul mediterráneo y corrió a defender a Madrid, que no podía desaparecer. Aquella noche los franquistas bombardearon la bahía de Rosas.

Año inolvidable para Rafael y para mí ese 1937.

Una tarde, Fedor Kelyn, el amigo que jamás separó su amistad de la nuestra, nos llevó a tomar el té a un salón que habían abierto en Moscú. Amigos míos, creo que hoy será para vosotros un día grande. Cuenta, dinos. No, no. Yo no puedo decir nada. Me lo figuro, solamente. Y seguimos insistiendo, y él, rechazando, divertido de nuestra insistencia.

Pasó cierto tiempo. Kelyn, nos estás engañando. No, no. Y no nos engañaba. Un oficial se acercó a la mesa y saludó correctamente: El camarada Stalin les está esperando. ¿Tienen ustedes los pasaportes? Sí, sí. Nos llevó hasta un automóvil. Nos dimos cuenta que íbamos hacia el Kremlin. Ninguno hablaba. Llegamos a una de las puertas. Enseñamos el pasaporte. Nos saludó el centinela. El coche se detuvo a la entrada de un pabellón.

El color que prevalece en el Kremlin es el verde. Un verde suave y tenue. También las fachadas están muchas veces pintadas de ese color que debía ser el preferido de las emperatrices. Subimos escaleras, atravesamos corredores y salones impecables. Se abrieron puertas. Entramos en un gabinete. Un coronel nos saludó: el camarada Stalin les ruega que esperen un momento. Fuimos presentados a una mujer no muy joven que hablaba un correctísimo francés. Estuve emigrada en Francia. Sí, con Lenin. Sobre el muro se extendía un gran mapa de España lleno de señales; en otra pared, más pequeño, un plano de Madrid. Los puntos de colores eran batallas, bombardeos. Entonces, ¿era verdad que se interesaban por nuestra suerte? Se abrió la puerta y José Stalin nos invitó a pasar.

¡Han pasado tantos años!... Creo que era la sala de consejos donde nos recibió. En el centro había una mesa muy larga con carpetas y lápices. Stalin nos preguntó: ¿publicarán nuestra conversación en la prensa? No, no. Nosotros... Sonrió, complacido. Sabía bien quiénes éramos. Le habían dicho que Rafael era un poeta español querido por su pueblo, algo así como un Maiakovski de España. Yo, una mujer. Nos sonrió. Tenía los dientes cortitos, como serrados por la pipa. Nos pareció delgado y triste, abrumado por algo, por su destino tal vez. Sacó su pipa. ¿Le molesta? No, no. Eso me valió un punto de su aprecio. Nos miró fijamente. Tengo una buena noticia que darles. Se calló para aumentar el suspenso. Los italianos han sido derrotados en Guadalajara. Acaba de llegar la noticia. Sentí que mi corazón, que tan fácilmente se desborda, huía hacia mi gente. ¡Qué maravilla esa noticia recién llegada que nadie conocía! Un triunfo de aquel lejano pueblo en armas, ¿verdad? Sí, rendidos, vencidos los fascistas, prisioneros. La primera victoria mundial sobre el fascismo se llamará Guadalajara. Cuando, pasados los años, entre el primer tanque en París liberado, llevará escrito: Guadalajara.

El antifascismo del mundo celebrará para siempre jamás esa fecha. Stalin sonreía. Nos sentimos seguros. Y hablamos. Hablamos de muchas cosas, entre otras del Congreso de Escritores que pensábamos celebrar en España. Escritores de todo el mundo para que vengan y vean. Sesiones en Barcelona y en Valencia y en Madrid sitiado. Una verdad no tiene por qué ocultarse. Que vengan a ver la verdad de España. Nosotros sabíamos que había en Stalin una cierta reserva en dejar ir a los escritores soviéticos a un Congreso donde iba a ir, también, André Gide. André Gide había escrito un libro, *Retour de la URSS*, que no había gustado nada en los medios oficiales. Esperamos su respuesta. Sí, sí, que vayan, ¿por qué no? Hablamos de las dificultades que encontrábamos para proteger a los niños. ¡Ah!, si yo dijera a las mujeres soviéticas, ¿queréis recibir un niño español?, todas las madres rusas abrirían sus brazos. Pero... es tan difícil. Los inconvenientes los ponen las otras naciones, es el viaje, no tenemos fronteras..., pero creo que podemos llegar a algo a través de la Cruz Roja. Y seguimos hablando. ¿Cuánto tiempo? El coronel, cuando salimos, nos dijo: han estado ustedes con el camarada Stalin dos horas y cuarto, nadie estuvo más. Sí, nos dijo muchas cosas sobre la guerra de España. Una que recuerdo siempre: Nosotros estamos muy lejos. La ayuda militar se hace muy difícil. No tenemos frontera. ¡Ah, si la tuviésemos! Es Francia quien debe ayudar a la democracia española. Nuestros barcos tardan en llegar o los hunden en el Mediterráneo. Han de pasar los Dardanelos. Digan al gobierno español que no demoren los pagos que el cónsul debe hacer a Turquía por el paso del estrecho. Hemos mandado armamento. Ustedes lo han visto. Tanques, aviones... Una guerra devora todo. No olviden que cuando uno de esos instructores que enviamos cae en España, desaparece hasta su nombre. Sí, sin nombre. Bajamos la cabeza. Luego le estrechamos la mano. Nos sonrió como se sonríe a los niños a los que hay que animar. Y José Stalin se retiró hacia sus problemas, encorvando los hombros.

Salimos de la Unión Soviética por la frontera de Leningrado, hacia Finlandia. Un rompehielos nos llevó a Suecia. Éste fue el único paréntesis que hicimos durante la guerra de España. Todo lo que pasó después, la Historia grande de ese momento de la Unión Soviética y de Stalin, queda para los historiadores.

Todo podía suceder en el Madrid de nuestros desvelos militares, tan pobres al comienzo que el día que pusieron ametralladoras sobre el Ministerio de la Guerra y salió a interceptar la aviación enemiga un avión de caza, nuestro heroico avión de caza, conmovedor pececillo plateado dando quiebras al mundo, lo aplaudimos como en la plaza de toros. Bajo alitas tan chicas vivía Madrid. Un pensamiento de orgullo nos mantenía. ¿Resistirán?, pensaba el mundo. Resistiremos, nos repetíamos, y cuando caían las bombas cantábamos. Algunas de esas canciones las escribimos Rafael y yo, sentados en un bar de las Cuatro Calles, justo cuando bombardeaban y, seguramente, para espantar nuestro miedo:

Las chicas del barrio sur,
en el puente de Toledo,
detienen a los cobardes,

que en Madrid no cabe el miedo.

Puente de los Franceses,

nadie te pasa,

porque tus milicianos

¡qué bien te guardan!

¿Puedo hablar de una orgullosa alegría? El espectáculo de nuestra pasión asombró a los intelectuales que llegaron en agosto de 1937 [sic] al Congreso de Escritores. Nuestra literatura de urgencia, graciosa, saltarina, oportuna, iba por plazas, trincheras y pueblos animando a los combatientes. Camiones del Altavoz del Frente, de Cultura Popular, de la Alianza de Intelectuales, ¡cuánto rodaron llevando la tribuna nueva de la cultura para todos! José Bergamín, en uno de los muchos aniversarios que ya hemos celebrado los desterrados de nuestro don Antonio Machado, recordaba la felicidad que sentía el poeta al verse rodeado del respetuoso amor de su pueblo. Ya no tenía que escribir en su «gabinete angosto» ni por qué recordar las estrecheces económicas pasadas. Le había entregado España un huerto de limoneros y rosales en Valencia, lejos de la guerra.

¡Cómo parece dormida

la guerra, de mar a mar!²

Mientras el agua cantaba para Antonio Machado, él cantaba a los hijos del pueblo, aquéllos «con cara de capitanes» que pusieron una mañana clara su vida «por su ley al tablero».³

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

pp. 674-678

² Estos dos versos citados por María Teresa León pertenecen al poema «Meditación», escrito por Antonio Machado en «Villa Amparo», un chalet situado en el pueblo valenciano de Rocafort, en el que vivió durante los años de la guerra civil tras su evacuación de Madrid y antes de trasladarse a Barcelona junto a su familia. La cuarta estrofa de «Meditación» («Ya va subiendo la luna») dice así: ¡Cómo parece dormida / la guerra, de mar a mar, / mientras Valencia florida / se bebe al Guadalquivir! (En *Poesías completas*, tomo II de su Poesía y prosa, edición crítica de Oreste Macrí, con la colaboración de Gaetano Chiappini. Madrid, Espasa-Calpe / Fundación Antonio Machado, 1989, p. 827).

³ Como indica Gregorio Torres Nebrera, María Teresa León alude a un fragmento del discurso pronunciado por Antonio Machado el día 10 de julio de 1937 en este Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, fragmento en el que Machado recordaba esta frase de Jorge Manrique.